

Él héroe sin mácula

Señor Director de la REVISTA CÁCERES

De mi mayor consideración:

Es grato escribirle para felicitarlo por la acertada publicación que dirige, enalteciendo las virtudes militares y civiles del más grande patriota de la república: el Mariscal Andrés Avelino Cáceres. Un grupo de compatriotas residente en Europa ha recibido ese valioso material y ahora lo difunde con especial dedicación.

Motiva la presente comunicarle que en los días más difíciles del presente año, nos sorprendió a todos que un redactor de un medio de comunicación peruano de gran tiraje, que se comercia aquí como en todas las principales capitales del mundo, se permitiera calumniar al Héroe de La Breña en un artículo que tenía más bien connotación claramente política y de coyuntura.

Dicho artículo, con el título "El desborde de las masas... y el militarismo en el Perú" apareció en la Revista "Somos", del diario "El Comercio", el sábado 5 de agosto. Su autor, el señor Pablo O'Brien, hizo en él una analogía impropia, mencionando incluso que "los historiadores" avalaban la versión que publicó. Y tomando como fuente la anécdota, como él mismo precisaba, se permitió presentar a Andrés Avelino Cáceres, Héroe Epónimo de la Nación Peruana, como un personaje ambicioso, déspota, dictatorial y deshumanizado. Opinión que por estar reñida con la verdad,

la consideramos como un gravísimo atentado contra el más respetado símbolo de la peruanidad.

El señor O'Brien muestra en su artículo una absoluta carencia de conocimiento histórico y una total falta de escrúpulos al denigrar a una de las figuras paradigmáticas del Perú. Así, nos dice que en 1895 "el partido civilista y el pierolismo –enconados rivales- se habían unido para derrocar al dictador y restaurar el orden democrático". La historia señala que ésa no fue la primera vez que se aliaron la feudalidad y el gamonalismo, representados por Nicolás de Piérola, y la oligarquía, liderada por las pretendidamente aristocráticas "familias" de comerciantes y financistas asentados en la capital y en dos o tres ciudades costeñas. Pocos años antes se coludieron también para secundar a los invasores chilenos en la guerra contra los heroicos patriotas de La Breña y para suscribir, aceptar y festejar el nefasto Tratado de Ancón.

Por desgracia, la historia de esos sucesos ha tenido y tiene aún poca divulgación. Por el contrario, los responsables de las tragedias del Perú siempre han tenido el poder suficiente como para ocultar ignominias e infamias, presentando como paradigmas precisamente a personajes por demás indignos y nefastos. Tal el caso de Nicolás de Piérola, el sempiterno conspirador, para quien no existió sino una disyuntiva: el poder o la locura.

¿En qué basaba el señor O'Brien su aseveración de que "El Califa" restauró el orden democrático? Un estudiante de secundaria bien pudo

haberlo sacado de su ignorancia explicándole que Piérola en 1895 se convirtió en el instrumento político de los grupos de poder oligárquico para instaurar el período que la historia del Perú registra como “La República Aristocrática”. ¿En que podría concordar un orden democrático con un dominio aristocrático? ¿Qué de democrático tuvieron las matanzas perpetradas por el gobierno de Piérola para acallar las protestas campesinas?

Calificar a Cáceres como dictador y decir que como tal había regido los destinos del Perú por más de una década, es más que una falsedad: es una vil calumnia y nos indigna comprobar que un medio de comunicación serio como “El Comercio”, haya permitido que en pocas líneas el señor O’Brien diga tantas barbaridades.

Cáceres fue Presidente de la República entre 1886 y 1890, sólo cuatro años, y volvió a la lid por la primera magistratura al cumplirse el plazo estipulado por el Tratado de Ancón –diez años- para la definición de la suerte de las provincias cautivas, Tacna y Arica. Si su norte en los años de la Resistencia de La Breña (de 1881 a 1884) fue la Unidad Nacional, un ideal incomprendido y traicionado por los grupos de poder que prefirieron la alianza con el invasor extranjero, para la preservación de su dominio de clase; en 1894 el norte de Cáceres fue ver reintegradas al seno de la patria a esas dos provincias que juntamente con la de Tarata sufrían la dura cautividad.

Hasta el final de sus días ése sería su norte y por ello en el memorable discurso del 27 de noviembre de 1916, pronunciaría estas conmovedoras palabras: “Esta tierra es nuestra y siempre debe serlo. Ciegos son los que no ven que el Perú tiene el ideal más excelso que puede tener una nación digna y libre: la reintegración y la grandeza de la Patria... La Patria íntegra, la Patria intangible: he aquí el ideal que debe enardecer a nuestras almas, robustecer nuestro esfuerzo y aumentar nuestra acción. El que tenga Patria que la honre y el que no, que la conquiste. La libertad se conquista con la espada”.

Con un ideal diametralmente opuesto, Piérola desataría la guerra civil en 1895, apoyando con su ambición los objetivos del gobierno de Chile. Porque adueñado del poder Piérola dejaría de lado toda definición sobre lo estipulado por el Tratado de Ancón, política que continuarían todos sus aristocráticos sucesores, consintiendo la larga cautividad de Tacna y la definitiva pérdida de Arica.

Cáceres, por lo demás, no fue derrocado como dice el señor O’Brien. Porque conocedor por experiencia de lo que significaba la guerra fratricida –que padeció el Perú en plena guerra con Chile-, el Héroe de La Breña, pese a haber obtenido la victoria sobre las montoneras de Piérola, optó por renunciar al poder. No se aferró a él, de manera “terca y absurda”, como falsea el señor O’Brien. Antes por el contrario, lejano de toda ambición personal hizo lo mismo que el Generalísimo José de San Martín luego de la entrevista de Guayaquil, actitud que lo elevó –si cabe

más- en su pedestal como Hijo Predilecto del Perú y como el más celoso defensor de su soberanía.

Por ello, Cáceres fue amado en vida por todos sus compatriotas, que vieron en él a lo más puro de la peruanidad. Y sus contemporáneos terminaron por reconocer que incluso su gobierno de cuatro años –no los diez que inventa el señor O'Brien- sentó las bases para la Reconstrucción Nacional. El voto popular lo encumbró como Jefe de la Nación y desempeñó el cargo con la honestidad y la videncia de un auténtico estadista y geopolítico. Elegido Presidente de la República, después de la guerra civil, cuando la patria se hallaba convertida en un montón de ruinas por acción del pérfido invasor y cuando reinaba por doquiera el luto y la desolación; este hombre extraordinario fecundó con el riego de sus lágrimas y sudores el árbol de la nacionalidad y reanimó con un soplo de vida el organismo agonizante de la patria. A la luz de su antorcha marcharon los pueblos del Perú a la Reconstrucción Nacional. Dictó sabias y prudentes medidas administrativas. Dio impulso a la instrucción y a los estudios geográficos. Garantizó la propiedad inmueble, robusteció el Ejército y la Marina, y se declaró acérrimo e infatigable defensor de la integridad territorial. A su impulso poderoso la república extenuada recobró sus fuerzas; el tesoro público salió del caos, el crédito renació. Cáceres mostró grandes virtudes para la dirección de la vida pública: fue organizador, probo y austero en el manejo económico; conciliador y

discreto. La influencia de su gestión presidencial imprimió dirección saludable a la actividad nacional.

Mucho se ha discutido al Cáceres político y gobernante, pero los que tales cosas hacen, olvidan que el Héroe llamó a su lado a cuantos hombres descollaban en la república, para que lo ayudaran con sus patrióticas iniciativas y talentos a salvar la situación del país y contribuyeran a su engrandecimiento. Si la obra de bien público no fue del todo cumplida en la medida de sus deseos, culpa fue de los que no supieron comprender el honroso llamamiento; y de los que al rodearlo buscaron más la satisfacción de sus apetitos inconfesos, que la noble ambición de servir a la patria por honor y amor a ella misma. Preocupación principal del gobierno de Cáceres fue la creación de una Fuerza Armada profesional, dotándola de los elementos más modernos para su total resurgimiento, que le permitiera diez años después forzar a Chile a devolvernos Tacna, Tarata y Arica, entonces aún irredentas. Cáceres tuvo por ideal supremo la Unidad Nacional. Buscó por ello la paz interna y la conciliación entre peruanos, respetando democráticamente las divergencias.

Señor Director:

Mucho habría para refutar el malhadado artículo que ha motivado esta extensa carta. Y mucho hay por escribir respecto a esa historia, teniendo por fuentes los documentos y no las anécdotas. Por hoy bastará decir que el doctor Pablo Macera, hace ya varios años, con la sapiencia de su dilatada y fructífera labor como investigador de la historia del Perú, faceta

que le reconocen tirios y troyanos, fue claro al señalar como los tres principales gobernantes probos de la república precisamente a tres militares: Ramón Castilla, Andrés Avelino Cáceres y Juan Velasco Alvarado. A los que cabría agregar a otro militar: Andrés de Santa Cruz. Seguro de que Ud. No sólo comparte sino que orienta el respeto nacional por la figura excelsa del mariscal Andrés Avelino Cáceres, le solicito con todo respeto la publicación de la presente en su prestigiosa Revista Institucional. En todo caso, que sean los historiadores quienes hagan precisiones al respecto.

Muy atentamente,

Maximilian G. Frering.
Marcos Dietz Benavente.
4 rue de l'abreuvoir 67730
Châtenois - France
tél / fax: (33) 03 88 82 75 99